

O. C.
Brewer

La agonía de la vela

¡Noches aque-
llas, hace ya cer-
ca de cuarenta y
cinco años, en
que en un triste
cuartuco de mi
casa de Bilbao
— un cuartuco
que por el día
recibía lánguida
y derretida luz
de un lóbrego
patio interior —

leía a Balmes! Era el año quinto del bachillerato, cuando estudiábamos psicología, lógica y ética. Leía a Balmes y leía la luz de una vela de esperma. Y me entretenía, mientras rumiaba los misterios filosóficos, en despabilar la vela o en quitarle los mocos para ponerlos junto al pábilo y ver cómo se henchía la impura cera derretida y rebasaba y se vertía por la vela abajo. ¡Velas aquellas! Velas en el sentido de *veladas*. Y a la luz de una vela, de una bujía. La vela de cera, o siquiera de esperma mezclada con ella, daba cierta intimidad a aquellos recogimientos de estudio. Como antaño, en tiempos de nuestros abuelos, aquellos velones de aceite a los que con tanto mimo se les cuidaba y que tenían, pendientes de una cadenita, sus despabiladeras. Y aun el quinqué — la invención de Mr. Quinquet — conservaba su intimidad doméstica. Cierzo que el olor del petróleo era poco grato, que el tubo de vidrio aislaba a la dulce llama, pero había el regular la mecha y el entretenerse en recortarla. Y aun el gas...

¡Pero esta fría luz eléctrica! ¡Esta luz sin calor y sin color! La luz eléctrica es parte de una iluminación general, de una corriente para muchos; es una alumbramiento colectivista. Puede uno, eso sí, tenderse en la cama, dar luz a la bombilla, leer o escribir, y luego apagarla para mejor poder meditar a oscuras y volver a encenderla sin necesidad de cerilla ni encendedor alguno. ¡Esto cuando no se le apaga a uno de pronto, y acaso sorprendiéndole en medio de la redacción de un párrafo! No, no, no puedo hacerme a las evidentes e inevitables ventajas de la luz eléctrica; añoro aquellas velas de mis mocedades. Ahora que no vuelvo a ellas, no se me ocurre usarlas, porque sé que no volvería con ello a mi mocedad. Piteas decía que los argumentos de Demóstenes oían a aceite, dando a entender el de la lámpara con que por las noches los estudiaba y pulía. Y yo he conocido argumentos que oían a cera. Y los hay que huelen a cera de cirio y hasta de cirio funeral.

En aquella biblioteca de la Sociedad Bilbaína donde tantas cosas engulló mi mente solían alumbrarnos por las noches mecheros de gas con su

camisa metálica, mecheros Auer. Su luz era más blanca y más fija que la de estas bombillas a cuya luz ahora leo.

¡Y en la manera como la mente recibe las lecciones del libro no influirá acaso el que nos

alumbre luz de aceite, de cera, de gas o eléctrica? Al resplandor de unas teas vi en un lugarejo castellano representar «Flor de un día». Era en un corral, bajo el cielo estrellado, y creo que fueron las teas las que lo dieron estilo a la representación.

¡Pero aquellas velas, aquellas dulces velas de mis mocedades! Sobre todo cuando ya se iban acabando y no había lo que llamábamos *aprovechador* — un cilindro de piedra, con una espigueta de metal, en el que se clavaba el cabo de vela para aprovecharlo en sus postrimerías — y los cabos de las velas, hundidos en el candelero de latón que se recalentaba, se fundían y liquidaban y la mecha flameaba agonizante en aquel pocito de impura cera líquida! ¡Qué espectáculo el de aquella agonía! Acaso acababa de leer en Balmes las pruebas de la inmortalidad del alma. Y ante los haustos agónicos de aquel pobre pábilo agonizaba también, en cierto modo, de angustia mi pobre alma moza.

Aquellas agonías de la vela de mi espíritu mozo alumbraron el pesimismo trascendente que me ha servido de base al empuje con que he venido luchando en la vida civil y cultural. Que no hay fuente de energía para la vida que pasa como el sobrecogido pasmo ante la vida que queda. O mejor al revés: energía para la vida que queda sacada del religioso pasmo ante la vida que pasa.

Los que creen tener resuelto su último problema el de todos, el de la mecha que se consume y apaga cuando la cera toda se ha disipado, esos suelen ser los pesimistas, los escépticos, los descorazonados de la vida civil e histórica, de la lucha política, mientras nosotros, los que llevamos en el alma la luz de las agonías de las velas de nuestras mocedades, nos adentramos llenos de ardor en los combates de la historia. Sabemos que la historia es el pensamiento de Dios en la tierra de los hombres y que si Dios no piensa nosotros no vivimos. Y queremos vivir. Aunque sea en prolongada agonía del alma.

Y ahora, en el alba remota de mi espíritu, cuando éste empezaba a temblar ante el misterio, vislumbro la luz tristemente dulce de aquellas agonías de la cera de las velas de mi mocedad.

Miguel
de
Unanuno

(«Caras y Caretas. Buenos Aires (A.A.), 1 julio 1922»)

